


La leyenda del Padre Botello

LEYENDAS QUE PERDURAN

onzalo de Berceo, ameno poeta del siglo XIII, dispuesto siempre a narrar una buena historia a cambio de “un vaso de bon vino”, solía decir que la leyenda es un género eminentemente religioso, que obedece al propósito de fortalecer las creencias develando los misterios del cielo y de la tierra, de la Virgen y de los santos. Devoto seguidor de San Martín, Berceo esperaba el atardecer a la puerta de su monasterio para ver pasar a los cansados labradores que volvían de realizar faenas en los viñedos y a quienes invitaba a relajarse y a meditar sobre su religión contándoles hechos prodigiosos en los que la Virgen intercedía por los peores pecadores y les procuraba el perdón divino, la redención, como en aquellos *miracles* franceses que recorrieron Europa apagando miedos y supersticiones relacionados con el Diablo, el personaje más popular del Medioevo.

No hay duda de que Berceo tenía razón y de que sus ingenuos relatos (*Milagros de Nuestra Señora*) hicieron más por la propagación de la fe que los interminables sermones dirigidos desde el púlpito o los íntimos secretos de confesionario.

Por otra parte, se desarrolló un acervo de leyendas populares, referidas a temas profanos, que dio origen a uno de los géneros más amenos de la literatura mundial. No se perdieron ni la esencia moral ni el mensaje de la fe, pero los relatos ganaron en interés y popularidad porque generalmente partían de un hecho real, de un fondo de verdad que daba a las historias un cariz de verosimilitud que no reñía con la imaginación y la fantasía.

A través del tiempo, con centenares de leyendas corriendo de boca en boca, el mensaje moral y el fondo verdadero pasaron a ser rasgos peculiares, distintivos y característicos del género.

Jamás se dio importancia al hecho de que los relatos carecieran de versión escrita y no aportaran evidencias de la veracidad de su contenido, ya que las buenas historias se conservan por tradición oral y no exigen más credibilidad que la que el público quiera darles. Una leyenda nace, por lo general, de un hecho cierto que se enriquece con la imaginación del que lo narra y que se transmite de generación a generación sin rechazar los cambios, distorsiones, adiciones y deformaciones que se le quieran hacer. Sin embargo, los hechos principales, los que le dan sustento, aunque modificados, nunca dejan de existir.

La literatura está poblada de leyendas a las que les llevó demasiado tiempo alcanzar la categoría de textos, pues se conservaron durante mucho tiempo en versiones orales que se repetían incesantemente para evitar que se perdieran, hasta que laboriosos copistas y amanuenses les dieron forma escrita. Esas historias se conservan hoy en diferentes moldes literarios, desde breves poemas narrativos hasta extensas epopeyas, pero la capacidad de retenerlas, recordarlas y transmitir las en el mundo antiguo nada tiene que ver con la frágil memoria del hombre actual, que ya no tiene la capacidad de conservar, durante, digamos, trescientos años, historias tan largas y complejas como *La Iliada* y *La Odisea* ni gestas de la extensión del *Cantar de Mio Cid*, con sus 3 mil 365 versos, por no hacer mención de los 220 mil del *Mahabharata* o de los 48 mil del *Ramayana*, que consumieron por siglos la capacidad de monjes, aedos y juglares.

La leyenda es, así, uno de los géneros más antiguos de la literatura, pues nació al mismo tiempo que el lenguaje, cuando un hombre de la Prehistoria, admirado por sus congéneres, fue emplazado a relatar, frente a la hoguera, algún episodio de su vida

aventurera, solamente que, al hacerlo, impulsado por sentimientos de autoestima, decidió añadir al relato un par de detalles que no sucedieron, pero que, desde luego, le permitieron crecer en la opinión de los miembros del clan.

En México, la leyenda tiene raíces prehispánicas y es común a todas las culturas. La costumbre de contar historias fantásticas de héroes, demonios, fantasmas y aparecidos (nahuales y lloronas, chivos embrujados y almas en pena de remotos antepasados) es tan antigua como la existencia de personas que les prestan oídos y las dan por ciertas. El doctor Ángel María Garibay, sabio lingüista e historiador nacido en Toluca (aunque nadie le rinda honores y su escultura esté olvidada en algún almacén y amenazada por el crisol de reciclaje) demostró hace mucho tiempo que las leyendas y narraciones épicas de la literatura náhuatl (como las extraordinarias historias de Quetzalcóatl y de la peregrinación de los aztecas) están a la altura de las grandes epopeyas de la literatura universal.

En cualquier pueblo o ciudad y hasta en la ranchería más remota hay historias que están en el ambiente y que sólo esperan ser contadas y escuchadas por alguien. En la Ciudad de México, Luis González Obregón y Artemio de Valle Arizpe investigaron y transcribieron leyendas que dieron origen a nombres de calles, plazas, recodos y lóbregos callejones. Las leyendas de cerros, ríos y bosques, de cavernas y túneles secretos, de muertos que regresan, de doncellas mancilladas y jinetes vengadores, en fin, ese poblado universo paralelo de fantasía que no puede ser visto ni tocado, pero que forma parte, sin duda, de un modo particular de ver la vida, es parte esencial de nuestra cultura.

En el Estado de México, como en el resto del país, existen numerosas leyendas. Ninguna población, grande o pequeña, carece de ellas y los profesores de primaria las detectan continuamente en diálogo con alumnos y padres de familia. En Toluca se cuenta la del Callejón del Muerto, la del Cristo Negro de

la Santa Veracruz y la de la Virgen de Tecaxic; en Texcoco, la de La Quemada; en Naucalpan, la de la Virgen de Los Remedios; en Tepotzotlán, la de Las Costillas del Diablo, y en Temascaltepec, Valle de Bravo, Coatepec y una extensa región del sur del estado, las leyendas de tesoros ocultos en las cuevas y cañadas del Nevado de Toluca.

En la capital del estado se cuenta también la de una momia que está relacionada con la vida licenciosa de un personaje, llamado el *Padre Botello*, por su afición al alcohol, quien no halló descanso ni después de muerto. Su cuerpo momificado se conserva en el Museo de Historia Natural de la Universidad Autónoma del Estado de México, ubicado en el edificio de Rectoría, donde todavía hoy no faltan empleados, hombres y mujeres, que le atribuyan, sobre todo de noche, el origen de extraños efectos.

UN PÍCARO DECIMONÓNICO

En ningún pueblo del valle de Toluca se observó la costumbre de embalsamar a los muertos. Lo que sabemos de los pueblos prehispánicos, de la Colonia y de la época de Independencia no menciona ninguna técnica especial que se haya usado para evitar la corrupción de los cuerpos. Sucedió en otros pueblos antiguos, por ejemplo, Egipto, donde era práctica común la momificación no sólo de reyes y sacerdotes, sino también de gente pudiente que pagaba por ello. Uno de los relatos más antiguos de la Humanidad, la historia de Sinuhé (recreada en la literatura moderna por Mika Waltari en su novela *Sinuhé, el Egipcio*, y en la película del mismo nombre por Michael Curtiz) describe como la mayor desgracia del protagonista el haber perdido el derecho a embalsamar los cuerpos de sus padres solamente por obsequiar los caprichos de una cortesana.

Las momias que se conservan en México, como las expuestas en Guanajuato, son naturales y han

logrado resistir la acción del tiempo debido principalmente a la composición del suelo, a condiciones climáticas y a uso reiterado de cal, por razones higiénicas, en los entierros.

Una de las momias de la Universidad, es la del *Padre Botello*, que, no obstante haberse mantenido en forma natural, se encuentra en perfecto estado y conserva en el rostro la viva expresión de la tragedia: una mueca terrible que es característica de los ahorcados.

Las otras momias, dos mujeres y tres niños, proceden de Almoloya de Juárez y fueron descubiertas a fines del siglo XIX. Por instrucciones del jefe político del Estado de México fueron remitidas al Instituto Científico y Literario de Toluca en virtud de que el diligente funcionario tenía noticias de que en el interior del plantel existía “un museo de an-



tigüedades y objetos curiosos”.¹ Estas personas no tienen más relación con el *Padre Botello* que la de permanecer junto a la momia de éste, pues fallecieron a causa de una epidemia de disentería que azotó su región.

La momia del *Padre Botello* llegó al museo años atrás, pues el historiador Isauro Manuel Garrido ya lo menciona en su obra *Toluca en 1883*.

Sobre la tormentosa vida de este personaje existen dos versiones que fueron aportadas por los profesores Luis Camarena González, taxidermista y entomólogo, y Luis Antúnez Rebollar, profesor de artes plásticas, quien basa su relato en unas notas del sacristán del templo de San José el Ranchito, don Heliodoro Hernández.

Las versiones presentan diferencias de consideración, sobre todo la relativa al tiempo en que suceden los hechos, pero coinciden en lo esencial, que es el trágico desenlace.

En la versión de Camarena,² *Botello* llega a Toluca procedente de lejanas tierras y se hace pasar por sacerdote para recibir la protección de la Iglesia y ganar la confianza de la gente. Armado de gran astucia y de cierta simpatía, consigue engañar a todos y se dedica a predicar en pueblos y rancherías. Convive con familias de labradores y empina el codo cada vez que puede. Llevado por el éxito de sus primeras actividades con los campesinos, comete la herejía de impartir falsos sacramentos, lo cual es causa de rechazo y desconfianza entre los verdaderos sacerdotes, quienes, temiendo un engaño, lo colocan bajo la lupa y comunican sus sospechas a los vecinos. Llega

el momento en que la afición de *Botello* al vino lo lleva a cometer indiscreciones y a entrar en conflicto con sus feligreses, lo cual provoca que vecinos del pueblo de San Antonio Acahualco lo descubran y reaccionen con violencia al saberse burlados.

Botello es arrestado y conducido a terrenos de la antigua hacienda o rancho de Capardillas, donde se le somete a juicio popular y se descubre que no es sacerdote y que ha cometido abusos sexuales en el confesionario. El improvisado tribunal lo declara culpable y lo condena a muerte. Enardecidos vecinos le ponen inmediatamente la soga al cuello y lo cuelgan de un árbol hasta causarle la muerte.

EL DIARIO DEL SACRISTÁN

La otra versión, muy ceñida a las revelaciones del sacristán, aporta nuevos datos, como por ejemplo, el hecho de que el *Padre Botello* era realmente sacerdote y en esa calidad se presentó un día ante el padre León, superior de El Ranchito, diciendo llamarse José Sánchez y haber sobrevivido a la destrucción de un templo en Comitán, Chiapas, durante la persecución religiosa.

Antúnez sitúa la historia al final de la década de 1920, cuando la pretensión del presidente Plutarco Elías Calles de aplicar radicalmente las leyes de Reforma había sido causa de un levantamiento que se conoce en la historia como rebelión cristera o Cristiada.

El padre León sintió desconfianza hacia el recién llegado y solicitó informes a Roma sobre su situación de religioso. Al pasar varios meses sin recibir respuesta, el prior solicitó información a otras instancias, hasta que a través del consulado de España se enteró de que el nombre de José Sánchez era falso y que en realidad se llamaba Francisco González, conocido también como el padre Paco. A esas alturas, el padre León había tenido que tomar ya medidas disciplinarias contra el *Padre*

1 En el Archivo Histórico de la UAEM existe un oficio fechado el 24 de febrero de 1890 por el cual el presidente municipal de Almoloya remite las momias.

2 El profesor Camarena no elaboró un reporte completo de su investigación. La oficina del Cronista de la UAEM conserva únicamente un texto de cinco cuartillas titulado: *Versiones legendarias de las cosas que forman el acervo existente en el museo "Manuel Villada" del Instituto Científico y Literario*. El escrito hace referencia básicamente a las momias. Algunos aspectos no incluidos en el texto fueron comunicados oralmente al cronista por el profesor Camarena.

Botello y lo había mandado a predicar a la región de Zinacantepec, San Luis Mextepec y San Antonio Acahualco.

En esta versión de la historia, el *Padre Botello*, o padre Paco, además de bebedor insaciable, utiliza el confesionario para seducir a mujeres solteras y casadas. De modo que cuando es descubierto en sus excesos, la multitud que lo conduce entre cadenas al patíbulo, en el rancho de Capardillas, está formada en parte por padres y maridos agraviados.³

Para el conocimiento de esta historia es fundamental la lectura del diario de Heliodoro Hernández, sacristán de El Ranchito, quien conoció y salvó de morir en cierta ocasión al *Padre Botello* y quien, además, estuvo presente cuando el audaz simulador fue sacado violentamente del templo por un grupo de exaltados vecinos.

El sacristán afirma que, ese día, el padre León estaba ausente del templo y él se encontraba en lo alto del campanario haciendo algunos arreglos, cuando la turba invadió la casa parroquial y sacó a rastras al burlador, quien no pudo escapar debido a que lo tomaron por sorpresa.

Antúnez consultó el diario en 1953, según afirma, y pudo extraer algunos datos sobre la identidad y el trágico fin del impostor.

En una publicación de 1984,⁴ preparada por el sacerdote Ricardo Crespo, superior de El Ranchito, en ocasión de cumplirse el centenario de la llegada de los misioneros pasionistas a Toluca, aparece (p. 41) el “Diario de un sacristán”, escrito por Heliodoro Hernández. Hemos revisado el texto y no encontramos ninguna alusión al *Padre Botello*; sin embargo, Antúnez afirma haber leído páginas del diario que no aparecen en el extracto del padre Crespo.

3 El profesor Antúnez publicó un artículo en el suplemento Tolotzin, del diario *8 Columnas*, con el título: “¿Quién fue el verdadero Padre Botello?”. La copia que hemos analizado carece de fecha, pero corresponde a las páginas 12 y 13.

4 Ricardo Crespo (1984), *100 años en Toluca*, edición privada, Imprenta Guadarrama.

Por ese documento podemos conocer interesantes detalles, como la existencia de un túnel o pasadizo secreto que comunicaba el templo con el convento anexo. En una ocasión, al llegar un grupo de revolucionarios a Toluca, el padre León ordenó al sacristán que les facilitara el acceso al túnel, a él y al *Padre Botello*, y que los encerrara mientras pasaba el peligro. De esa manera, el seductor se percató de la existencia del subterráneo que luego usó para sus propios fines.

Las religiosas del convento –dice el artículo del profesor Antúnez, siguiendo el diario del sacristán– se confesaban cada tercer día. En grupos de seis y ocho se dirigían a la iglesia muy de mañana y al mismo tiempo comulgaban. Pero ahora, además del vino, resultó que a nuestro personaje también le atraían las monjitas. Citaba a alguna de ellas a la medianoche en el jardín del convento y le hacía el amor. Así empezaron las quejas con el padre León, pero el *Padre Botello* salía del problema diciendo mentiras. No acabó allí el asunto, después vinieron las reclamaciones de los padres de familia, diciendo que el infiel sacerdote citaba a las jóvenes y abusaba de ellas. Fueron varias las acusaciones y se dijo que ya había una joven embarazada.

Las continuas quejas contra el *Padre Botello*, que en esa forma faltaba a sus votos, fueron causa de que el padre León lo mandara a predicar fuera de la ciudad mientras él realizaba la investigación para conocer su verdadera identidad; no obstante, esa medida, si bien enérgica, resultó ser demasiado ingenua, pues fue tanto como soltar a un lobo en un aprisco y fue entonces cuando surgieron los conflictos en los alrededores de Capardillas.

También fue el principio del fin para el *Padre Botello*. El pueblo se hizo justicia como en Fuenteovejuna, tal como lo describen Camarena y Antúnez.

DOS PROTAGONISTAS, UNA LEYENDA

Los relatos presentan notables inconsistencias. La principal es la del tiempo en que suceden y la antigüedad de la momia. En los días de la persecución religiosa, cuando el padre Paco llegó a Toluca, las momias ya estaban en el Instituto. No hay registro que indique que alguna de ellas haya sido descubierta después del movimiento cristero, y aunque así fuera, el tiempo transcurrido entre la muerte y el hallazgo del ahorcado es demasiado corto para explicar un estado de petrificación tan avanzado.

Sin embargo, la descripción que hace el profesor Camarena del aspecto de la momia no deja lugar a dudas de que se trata de un ahorcado: “Muéstrase aún en su momia –dice el manuscrito– el rictus característico del cuello tenso por la acción de la cuerda justiciera, y aun más, la señal del ahorcamiento, la lengua de fuera”.⁵

¿Cuál es el fondo de esta historia? Se advierte que la historia del *Padre Botello* es la que realmente tiene relación con la momia, y los hechos que se le atribuyen suceden probablemente en la segunda mitad del siglo XIX. Ello explicaría su mención en el texto de Isauro Manuel Garrido. Por otra parte, la historia del padre Paco es similar a la del *Padre Botello*, pero sucede en otro tiempo y nada tiene que ver con la momia.

El *Padre Botello* y el padre Paco pueden ser vistos como protagonistas de diferentes historias, en eso no existe dificultad, pero se aprecia tal similitud en los hechos que no puede soslayarse la idea de que, como todas las leyendas, fue modificada o alterada al pasar de un narrador a otro y de una época a otra.^{LC}

5 Camarena, *op. cit.*